

AÑO I.

JUEVES 24 DE SETIEMBRE DE 1885.

NUM. 19



MADRID

CHISMOSO

Director literario:

RICARDO MONASTERIO.

Director propietario:

ENRIQUE GALLARDO.

Director artístico:

RAMON GILIA.

NUESTROS PIANISTAS:

VICENTE MAÑAS.



Lit. de L. Bravo. Deseñado, 14 y Carbon. 7.

Al ver la ejecución loca
de Mañas, dice la gente:
¿Toca Mañas? Punto en boca.
¡Qué mañas tiene Vicente
cuando toca!

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO.—TEXTO. *Chismes de vecindad*, por Escorial.—*Lo de siempre*, por José Lopez Silva.—*Deseños*, por Eduardo de Palacio.—*¡Qué sainete!*, por Fiacro Irayzoz.—*Persona muy conocida*, por Luis Taboada.—*¡Tengamos la fiesta en paz!*, por Ricardo Monasterio.—*A lo tonto á lo tonto*, por Javier Soravilla.—*Epigramas*, por Luis Lopez y Manuel Gabarrón.—*Chismografía*.—*Intimidades telefónicas*.
GRABADOS: *Vicente Muñas*.—*Las Férias*.—*Los maestros*. Por Cilla.



EL PUESTO DE LAS CASTAÑAS.

Si hiciera falta un dato más para probar que el Gobierno que nos *apabulla* está en completa disidencia con el país, ó que el país tiene gustos equidistantes de los malos del Gobierno que nos *apabulla*, el estreno de *El puesto de las castañas* lo proporcionaría.

Nunca—digámoslo claramente—hemos presenciado éxito más franco, ruidoso y entusiasta, que el obtenido por el sainete, objeto de la saña de Cánovas, Villaverde y pandilla.

Lleno estaba el teatro «Martín» la noche del viernes, de lo más saliente, notable y distinguido que encierra Madrid. Autores, críticos, actores de todos los teatros, periodistas de todas las opiniones, políticos de todos los partidos, diputados de todas las agrupaciones. Todo el mundo se entusiasmó con el sainete del moderno Aristófanes Navarro Gonzalvo y de los célebres maestros Rubio y Espino.

Si la afición al bombo no hubiera aquí gastado todos los adjetivos y prostituido todos los superlativos, ¡qué buena ocasión para emplearlos hoy en toda su virginal pureza en favor de *El puesto de las castañas*. Los aplausos fueron continuos; las risas, alborotadoras; el entusiasmo, unánime.

«*Cuántas ¡que queman!*—dijeron los autores, y el público acudió al puesto, y encontró las castañas sabrosísimas, y el único que se quemó fué el Gobierno. Si algo le faltaba al éxito del sainete, se lo dió el Gobierno suprimiéndole.

El público aplaude y el Gobierno grita: perfectamente. ¡Hace ya tanto tiempo que el público hace con el Gobierno lo que este hizo con *El puesto de las castañas*!

—Pero, ¿qué demonios tienen esas castañas?—les oigo decir á VV.

—Pues nada que no sea belleza, ingenio, gracia y salero, precisamente todo lo que le falta al Gobierno; pero aquí ya va siendo un delito hasta el llamarse Antonio; y lo ha sido el sacar al teatro un personaje con el nombre de *Antonia*. ¡Ya en España apenas nos llamamos *Pedrus*!

El puesto de las castañas es una casa de vecindad, habitada casi totalmente por varias mujeres ambiciosas y camorristas. Allí está la *señá Antonia*, castañera soberbia y antipática, que porque cuenta con el apoyo del casero, abusa de la paciencia de toda la vecindad, ahuma la casa y quema las castañas.

En el patio tiene la castañera por amiga y defensora del puesto, á la *Curra*, una andaluza trapisondista y chirigotera, que está en amores con un sanitario, de quien recibe consejos profilácticos, siguiendo los cuales apesta la casa y la vecindad, que murmura de la *Curra* á propósito de esto y de haber perdido cierto cordón del corsé. Por todas estas razones, y por otras más prudentes, la *Curra* arde en deseos de abandonar la casa.

También es amiga de la castañera, la Alejandra, devota que vive sin cesar colgada del rosario, que acude á todas partes donde repican gordo, que por nada deja de disfrutar los gozos de San Benito, y que sostiene íntimas relaciones con cierto solapado sacristán, que la enseña á besar reliquias, y al que dá citas despues de las doce de la noche.

También la *señá Antonia* tiene su novio. Un desdeñoso é

irascible militar de caballería, que acude al puesto á comer castañas, y al que obsequia la soberbia castañera para que no se vaya con la Manuela, chula que se encuentra forastera, y hácia la cual el novio debe sentir alguna inclinación.

A este valiente militar le son tan antipáticos la Alejandra y el sacristán, como simpático le es cierto honrado zapatero que habita en el patio, trabaja que te trabaja.

Viven asimismo en la casa, la Matea, hembra muy larga y de mucho tupé; la Cristina, una vecina suelta que parece que tiene hormiguillo, y la Emilia, maestra elemental de primeras letras, que habla mucho y bien. Estas mujeres, coligadas con las demás vecinas, le disputan á la *señá Antonia* la posesión y el usufructo del puesto, dándole á la castañera y á sus amigas cada disgusto que canta el credo.

Con semejante vecindad ya puede calcularse lo mucho que sufrirá el pobre, honrado y forzado zapatero Juan Lanas, que ocupa el peor y más insalubre chiribitil de la casa, y á cuyo paciente remendon tratan de atraerse las vecinas, halagándole con engaños y mentidas promesas.

Como en la casa se albergan tantas quisquillas, tantos ódios y tantas ambiciones, sobrevienen, como es consiguiente, á cada paso alborotadas discusiones, ruidosos escándalos y graves chamusquinas y peloterías, incidentes que constituyen las chispeantes é ingeniosas escenas de *El puesto de las castañas*.

Aunque un malicioso primo del autor que á nuestro lado estaba la noche del estreno, se empeñaba en encontrar en todas las frases cosas trascendentales y en explicarnos ciertos conceptos un tanto oscuros para nosotros, ingenuamente confesamos que la obra nos resultó sin malicia alguna, y que sin duda por nuestra torpeza no vimos más que lo dicho. Absolutamente nada más.

En el patio de la casa cantan las vecinas mucho y muy bien; algunas cantan hasta en la mano.

Un grupo de beatas cantó un coro ¡admirable! ¡piramidal! divino y ortodoxo: algo así como la letanía, aderezada con la Pitita, y el coro del juramento de los *Hugonotes*. Oyendo este número, el público, extasiado en santa unción evangélica, aplaudió devotísimamente á los santos apóstoles Rubio y Espino.

Otras vecinas ménos santurronas y más profanas, entonaron un herético coro, en que asomaban las orejas ciertos aires *Puritanos*.

Oyendo estas cosas, decía á nuestro lado la gente: ¡Qué hermosa música! ¡Qué intención tiene, y qué ingenio, y qué gracia, y qué

El sainete concluye atropellando Emilia y sus amigas el puesto, del que arrojan á la *señá Antonia*, y apoderándose de él la *Barbiana* (¡olé!) una chula guapisima, simpática y buena moza, que hace huir como alma que lleva el diablo á la beata y al sacristán, alegrarse al zapatero, y que sabe soplar al asador con *muchísima de la gracia y de la ejecución*.

Concluye con esto el inocente sainete, cae el telón, entre el *delirium tremens* del entusiasmo y la apoteosis del éxito que gozan los Sres. Navarro y Gonzalvo, autor de la letra, y Angel Rubio y Casimiro Espino, autores de la música.

El Gobierno ha suprimido *El puesto de las castañas*. El Gobierno, más tarde ó más temprano, perderá las castañas del puesto, y *El puesto de las castañas* le quemará la sangre á los conservadores, como ya les quemó los dedos.

La ejecución del sainete nada dejó que desear.

La señora Ig'lesias, en su papel de *Curra*, demostró ser una consumada actriz. ... *Sobresaliente*.

Los demás actores. ... *Notablemente aprovechados*.

El sainete..... *Beneméritisimo*.

Las representaciones y el delegado del distrito..... ¡*Suspensos!*

El Gobierno..... ¡*Reprobado!*, es decir... ¡*Réprobo!*

Los autores ¡ah! los autores

¡Navarro! ¡Rubio! ¡Espino!

desde lo alto de esas castañas, cien generaciones os contemplan.

¡Echad esos cinco! es decir, ¡echad esos quince!... ¡barbianes!

ESCORIAL.

LO DE SIEMPRE.

—Chula, que te *cayes* digo,
—Chulo, no me dá la gana.
—Que nos *guipen*.
—Que nos *guipen*.
—Que hay mucha gente.
—Que la *haiga*.
Te tengo dicho que quiero
que sepa tus *charranadas*
todo el mundo, y me han de oír
hasta los sordos.
—Bocaza;
tu no *tiés* educación,
y voy á tener que dártela.
—Mira; quédate cen ella,
que te hace bastante falta,
ó se la endosas sinó
á esa cursi con quien hablas.
—Por que sabe distinguir
y es *mu* valiente y *mu* guapa;
lo cual que, segun me ha dicho,
tiene las primeras ganas
de arrancarte el moño.
—A mí!
—A tí.
—¡Jesús, qué desgracia!
Díle que no me le arranque,
porque si me quedo calva
voy á estar muy fea!
—¿Más
entodavía?...
—¡Una *miaja*!
más te valía, *só* tío,
tener una poca *lacha*
y portarte como debes
con una mujer honrada,
á quien debías besar
hasta los *pieses*.
—¡Besaban!
—Después de sacrificarme
por tus vicios y tus trampas;
después de quedarme en cueros,
como aquel que dice, para
que á tí no te falte un duro
nunca en el bolsillo, y vayas
á los toros y á las *juergas*
con otros pillos...
—¡Indeial!...
—Después de que te he *comprao*
un *remontoire* de plata...
—¡Que te *cayes*!
—Y después
de que he *pulido* la falda
de merino y el manton
sólo porque tú sacáras
el pantalón, que tenías
en casa del *quita-manchas*...
y después de que hago todo
lo que á tí te dá la gana,
me das achares con esa...
señora...
—¡Tú, que la faltas!
y te he dicho treinta veces
que si me se hinchán las *napias*
te reviento los hocicos
ó pierdo el nombre de *Rata*.
—¡De *boquiya*!
—U de *maniya*.
—¿Quieres verlo?
—¿Y si me matas?
—¿Te chuleas?
—¡Me parece!
—¡Mira que te doy!
—¡Ya tardas!
—¿Sí? *pus* ¡toma! por *boeeras*.
—¡Ay! ¡pillo!
—A ver si te *cayas*...
—Vamos, *Inacia*, no *yores*,
que me entristecen tus lágrimas.
y tengo ya el corazón
lo mismo que una *aveyana*.
—Anda y véte, sin vergüenza
con la *señorita*.
—*Inacia*,
no me hables de esa patosa.
—¿Por qué?
—Por que me dan *náusias*.
—¡No la quieres más que á mí?...
—¡A esa... más que á tí! *De ganas*!
Si ahora tuviera dinero...
—¿Qué?
—*Na*; que te convidaba
pa probarte mi querer
de una manera más *prálica*.
—Por dinero no lo dejes.
—¿Le tienes tú?
—Sí.
—¡*Pus arza*!
Vamos á...
—Donde tú quieras.
—¡Bendita sea tu *máma*!
—Déjame la cara, chico.
—Chica, no me dá la gana.
—¡Que nos *guipen*!
—¡Que nos *guipen*!
—¡Que hay mucha gente!
—¡Que la *haiga*!

J. LOPEZ SILVA.

DESEMPEÑOS

Empiezan á soplar los vientos del Guadarrama, «esos suspiros de la naturaleza virginal», como diría algun novelista cursi, traducido ú original.

Las noches refrescan.

Dentro de pocos días serán necesarias la capa ó el gaban de abrigo.

Somos débiles.

Cuando el termómetro señala más de veinticinco grados, sudamos: cuando baja á cinco sobre cero, nos sentimos resfriados.

Lo mismo sucede á Bismark que al Buñolero.

El hombre es débil aquí como en Berlin.

Se aproxima el momento del desempeño de prendas de invierno.

¡Cómo estarán!

Tal vez la polilla, ese hulano diminuto, habrá atentado á la integridad de nuestras propiedades hipotecadas.

Tal vez la que fué capa nueva, aparecerá picada de viruela, y el gaban saco tendrá válvulas de seguridad.

¡Qué historias tan tristes relatarían las prendas rescata-

das, si pudieran hablar con idéntico derecho que varios académicos.

Allí, confundidos y apretados, el paletot del galán joven con el saco del autor dramático, joven también, habrán *pensado* á duo en el porvenir de las clases escénicas.

La cazadora de abrigo del artesano y la capa del estudiante tímido para ganar curso, pasaron juntos el veraneo.

¡Con cuánta emocion se saluda á una prenda que ha sufrido prision preventiva, durante tres meses!

El usufructuario, su familia y hasta el perro, si le hay en la casa, huelen, miran, observan la prenda en libertad con cierta extrañeza y á la par con alegría.

Parece que se la han regalado, ó que es un trofeo de guerra conquistado á fuerza de heroicidades.

No falta poeta *recubierto*, por la capa desempeñada, que la dirija una salutacion en verso, como esta:

«Ven, capa, tan escondida
que no te sienta venir.
porque el placer de cubrir-
—me, no me quite la vida.»

(Esta parodia es también procedente de empeño, pero las hay peores).

Esos plegados artísticos, ese tufillo á alcanfor, denuncian la cuarentena y fumigacion cariñosa que han sufrido las prendas en el período de las altas temperaturas.

Así como las personas principales ó aspirantes á tales, dicen de regreso del veraneo, y poco ménos que á voces:

—Hemos estado en San Juan de Luz ó en San Juan Ante-Portam-Latinam.

Las prendas que salen del encierro pudieran decir, cuando las preguntan con la mirada:

—¿Cómo te sientes?

—Pues vengo del veraneo.

—¿Y dónde has estado?

—Pues en un cinco por ciento mensual, con ó sin polillas.

Cuando el afortunado mortal logra ver de nuevo sobre sus hombros la capa, de *quien* se despidió en Junio, experimenta igual impresion que el viajero que vuelve al lugar que visitó en los primeros años de su vida.

En las noches suele soñar con que le roban la capa de su alma.

Despierta azorado, busca á tientas, y cuando se convence de que posee aquella prenda, respira con satisfaccion.

En cuanto amanece, se levanta y se coloca la capa, y así anda por casa, repitiendo:

—¡Qué día tan frio debe de hacer! Estoy heladito, y eso que me he puesto la capa, como veis....

—¡Ya! ¡ya!

Pero, ¿á qué continuar este poema en prosa de capa caída?

¿Para qué amargar la existencia de los hombres en cuerpo?

Seamos prudentes, y aguardemos.. siquiera, siquiera, hasta poder hablar con conocimiento de causa.

Esto es: hasta desempeñar la mía.

EDUARDO DE PALACIO.

¡QUÉ SAINETE!

(Á EDUARDO NAVARRO Y GONZALVO.)

A causa de la matraca
que te di el viernes pasado,
recibí en sobre cerrado
la consabida butaca;
y como esto compromete,
fui á *Martin* con Monasterio,
y allí presencié el *tiberio*
que se armó con tu sainete.
¡Vaya una obrita aburrida!
¡Ni la peor se le iguala!
¡No he visto cosa más mala
en los días de mi vida!

Y segun dice la gente,
y de ello tengo testigos,
te aplaudieron los amigos,
los amigos solamente.
Yo, por mi parte, aseguro
que á Monasterio y á mí
nos diste, por ir allí,
la butaca y medio duro;
y aún siendo amigos leales
lo que es en esta ocasión
aplaudimos sin razon,
¡tan solo por los diez reales!

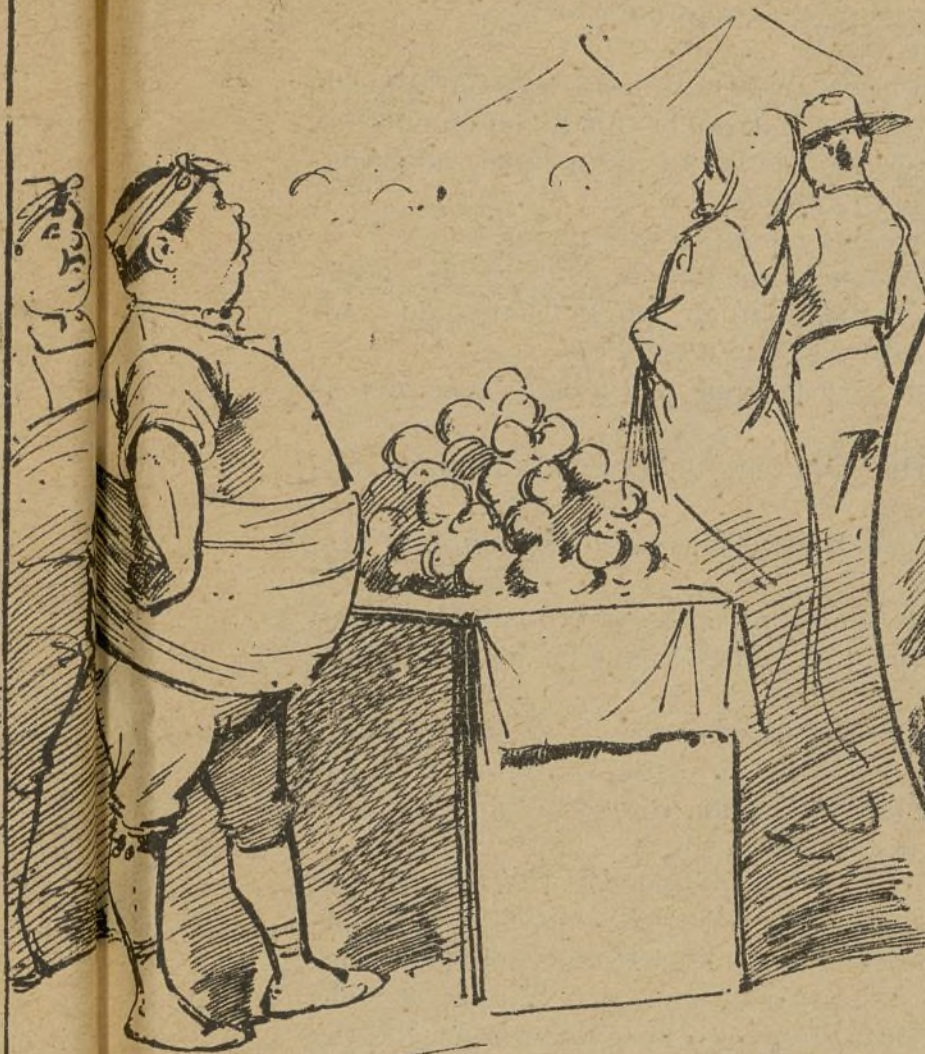
MADRID CHISMOSO. LAS FERIAS.



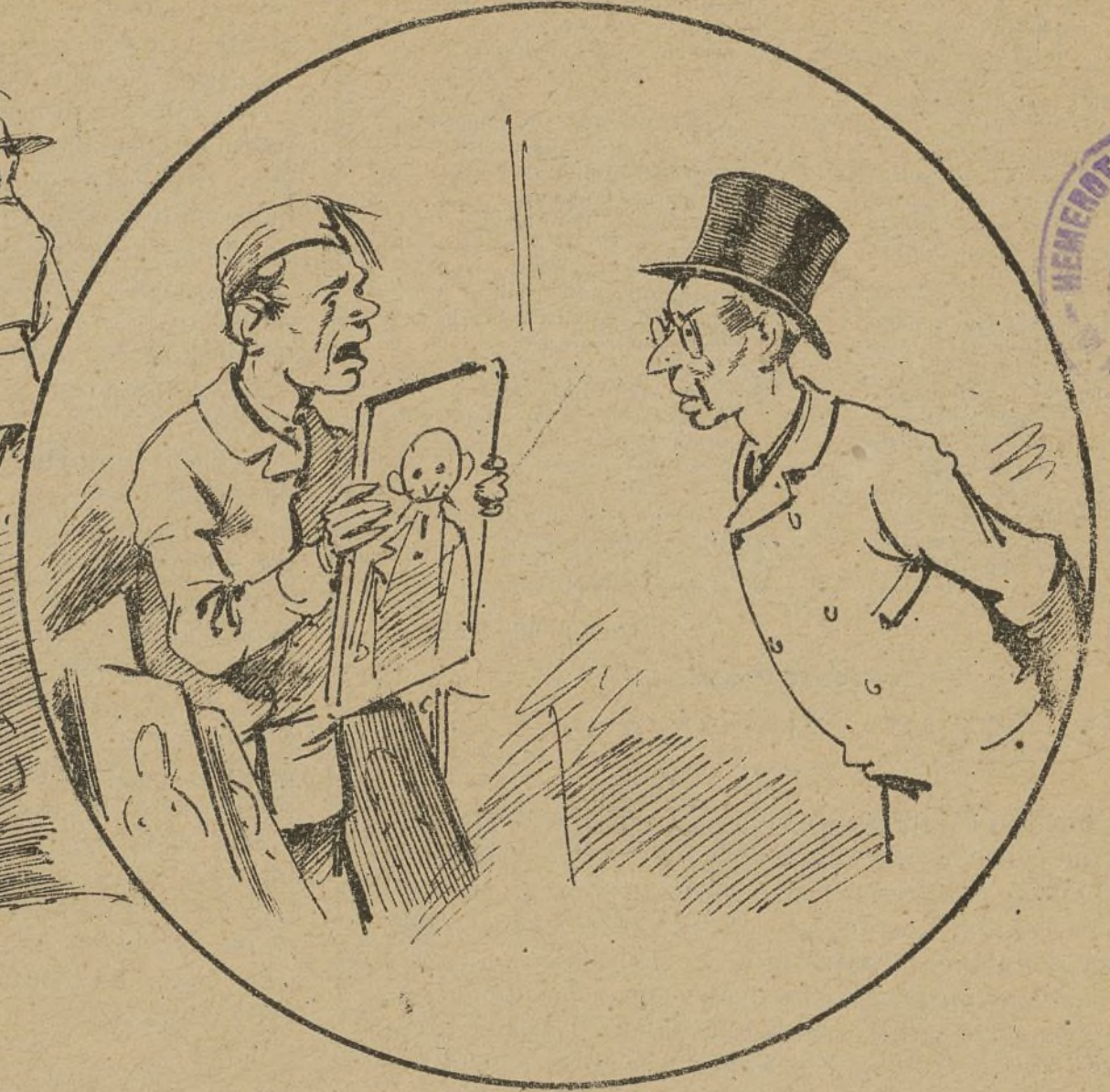
—Yo vendo de *cualquier* modo
pus solo de vender trato.
Aqui, ¡al barato, al barato!
—¿Y qué vende usted?
—Pus todo.



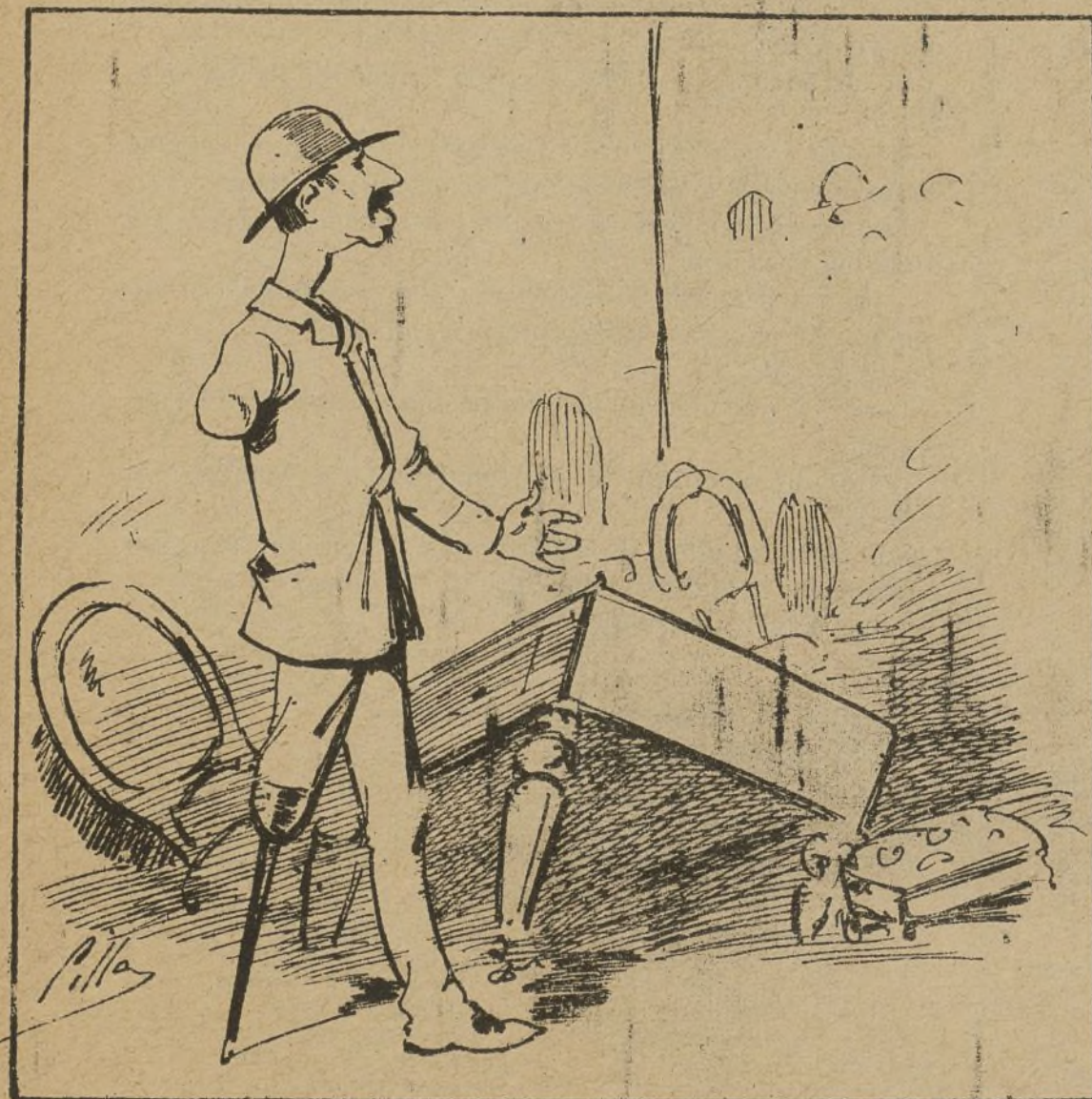
—¿Tiene V. *Las mujeres en camisa*?
—Si señor; pero les falta la cubierta.
—No importa. Sáquemelas usted.



Aprovechar la ocasion.
Por cualquier cosa se dan.
¡Ande la venta! Aqui están
los más gordos de Aragon.



Murillo legítimo. Tres pesetas.



¡Ande la ganga! Todo procedente de
quiebras.



—Ya que vende ropa vieja,
¿tiene usted un sombrero *usao*?
—Si señor; uno de teja
que le debe estar *pintao*.



—Ladronas de corazones.
—Vaya un par de proporciones.
—Pero dime tú, *Eluteria*,
no dijiste que en la feria
este año no había melones.



¡A peseta virgenes! ¡A peseta!

(Por cierto que al otro día, Ricardo, con tu dinero, fué y me regaló un sombrero... ¡qué buena falta me hacía! ¿Que tuviste una ovación? ¿Pero cómo la tuviste? si no hay un rasgo ni un chiste ni un adarme de intencion! Resulta sosa la cosa, pero no te lo dirán; en fin, cuando Corbalán te la suspendió... ¡por sosa! Porque á mí se me figura que el prohibirla tan pronto es porque no es nada tonto y sabe literatura. ¿No ha de saber? ¡Sí señor, y mucha! ¡Pues bueno fuera que el hombre no la supiera aún siendo conservador! Prueba que no vale nada mucho de lo que dijiste es que aplaudimos un chiste como aquel de la criada; que á mí no me hace feliz ni lo celebró la gente. ¡Vamos á ver, francamente! ¿quién es esa fregatriz? La cosa es para extrañar;

y no comprendo á qué viene, porque todo eso no tiene nada de particular; y ahora la fama pregona que sin saber por qué ha sido, de repente te ha salido la criada.... ¡responzona! ¡Ya ves á lo que te expones! ¡Ya lo ves! ¿Pues qué creías que era todo gollerías y todo satisfacciones? Como no te quiero mal soy amigo verdadero, y toda obra tuya quiero que tenga un éxito igual, y pues tu ingenio se presta y puedes lucir sus galas, haz obras malas, muy malas, pero que sean como esta. Ya conoces mi intencion, generosa, segun creo. Esto es lo que te deseo con todo mi corazon. Y aquí mi carta concluyo sintiendo á más no poder, el que yo no pueda hacer un sainete como el tuyo.

FIACRO YRÁYZOZ.

PERSONA MUY CONOCIDA.

De todos los hombres conocidos que por ahí andan, ninguno tan conocido como Julian: un chico alto, rubio, que gasta lentes... Yo tambien le conozco mucho, y sin embargo, no sé quién es, ni qué apellido tiene, suponiendo que tenga alguno; bien que tampoco me importa saberlo; pero puedo asegurar que él responde por Julian, que ha estado en muchas partes, que va á los saloncillos de los teatros, á los toros, á los teatros, á los cafés y á los salones, y que saluda á medio Madrid con la mayor intimidad.

Nadie sabe cuándo ha venido á la corte, ni á qué vino; no es literato, ni militar, ni artista, ni comerciante, ni siquiera empleado; pero es muy conocido, y en diciendo Julian, ya no se necesitan más señas para que todos exclamen: ¡Ah, sí!

Viene al café muchas tardes, y se sienta entre nosotros, pero nos abandona al poco rato para ir á saludar á los actores que allí se reúnen, despues á los abogados, despues á los toreros, despues á los contratistas de obras públicas, y, por último, al encargado del mostrador. Antes de salir á la calle llama por su nombre al mozo, y le habla al oído. Yo creo que debe decirle algo así:

—Mira, Sanchez, ahora no tengo suelto; mañana... Al llegar á la puerta, se detiene ante un grupo de desocupados, el primer grupo que encuentra, porque él es así, y mete la cabeza, exclamando:

—Buenas tardes, señores.

—¡Hola, Julian!—le dice uno.

—¡Hombre! Tú, que todo lo sabes, ¿es cierto que Valdosa está escribiendo un drama?—le pregunta otro.

—Lo dudo—contesta Julian.—Ayer estuve hablando con él, y no le noté nada.

A mí ya me tutea, y no hace más que dos días que me habló por primera vez; bien que tambien tutea á Cilla con ser mucho mas guapo....

Ayer salía de la Presidencia conversando con Estéban Collantes, y no hace muchas horas me enseñó un telégrama de Lagartijo, encargándole un banderillero que le hace falta.

Ahora verán ustedes cómo se las arregla Julian para ser tan conocido.

Se va al teatro; lo primero que hace es entablar conversacion con sus adláteres, y como es gran fisonomista, ya no se le despintan aquellas caras por mucho tiempo que pase, y en la primera ocasion oportuna, les detiene en la acera para enterarse de su salud y preguntarles por los chiquitines.

Tiene entrada en los escenarios: así es que no se estrena

drama ó comedia sin que él vaya á felicitar al autor y á darle abrazos estrechos, como si hubiesen dormido juntos en la misma cuna.

En el salon de Conferencias no hay hombre político á quien él no se acerque para preguntarle:

—¡Va V. á hablar hoy?

—A lo mejor, el interpelado es uno de esos padres de la patria sordo-mudos, que se pasan la vida diciéndose sí ó no, como Cristo nos enseña, y ante tan inesperada interpelacion, contesta todo ruborizado:

—No señor, porque no me gusta incomodar...

Pero guarda desde aquel instante en el fondo del pecho un tesoro de gratitud para Julian, que le ha atribuido dotes singulares y aptitudes que no posee.

Julian tiene frac, y se lo pone la mayor parte de las noches.

—¿Vas de reunion?—le pregunta un conocido de los muchos que tiene.

—Te diré—contesta él—me he vestido al buen tun tun, por si acaso.

Y una de dos ó le presentan en la *soirée* de una baronesa cualquiera, ó se va con un amigo á cenar judías á la taberna del tío Lucas.

En las últimas carreras de caballos le ví muellemente reclinado en la carretela de un título. A la mañana siguiente tomaba chocolate en San Isidro con uno que tiene prendería en la calle del Bonetillo.

Días pasados participó del banquete con que un conocido hombre público obsequió á sus correligionarios; aún no hace un mes fué invitado por un literato eminente para asistir en *petit comité* á la lectura de su último drama; uno de estos días saldrá para Aranjuez á presenciar la prueba oficial de una trilladora, que sirve para trillar y para hacer pitillos.

Es, en fin, Julian un hombre conocidísimo, que ocupará, andando el tiempo, uno de los puestos más distinguidos en la sociedad española.

Por de pronto, ya le han querido hacer gobernador de no sé dónde, y él no aceptó, porque dice, y dice bien, que no quiere oscurecerse en una provincia ni vivir sujeto á las veleidades de un ministro.

El mejor día le meten en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ó le hacen presidente de la Económica Matritense, y él acepta por compromiso.

Pero, entre tanto, anda por ahí, metiendo bulla y siendo objeto de los saludos y los obsequios de sus coetáneos, la mayor parte de los cuales no conocen á Perez Galdós, y conocen muchísimo á este Julian que se parece á otros varios Julianes, sin pizca de conocimiento, y á cual más conocidos.

LUIS TABOADA.

TENGAMOS LA FIESTA EN PAZ.

En un jardin reservado entró un día Don Andrés (un señor aragonés que es cesante ó jubilado), sin reparar para nada en un letrero que habia en la verja, que decía «No se permite la entrada.»

Y despues de pasear por el jardin un momento, sobre el cespéd tomó asiento, y se puso á merendar.

Viéndole, naturalmente, el guarda se sorprendió, y en el momento acudió diciéndole seriamente:

—Para entrar aquí, es preciso permiso que habré logrado.

—Está V. equivocado no he logrado tal permiso.

—Pues entonces, caballero, aquí no ha debido entrar, y bien pudo V. mirar lo que dice aquel letrero, si es que sabe V. leer

—Ya lo creo, y de corrido. —Pues ya está V. prevenido. ¡Que no vuelva á suceder. pues juro á fé de Tomás, ser un poco más tirano —¡Adios! beso á V. la mano —Hombre no faltaba más.

Don Andrés, al día siguiente, por allí otra vez pasó, y en el jardin se coló, otra vez tranquilamente, —y sin perder un instante.

Tomás le vió por detrás, tardando poco Tomás en ponerse delante.

Al conocer que el señor que en el jardin habia entrado era el mismo que habia echado á la calle el día anterior,

Le dijo:—¡largo de aquí! ¡No me falta más que ver! ¡Se ha llegado usted á creer que se va á burlar de mí!

¡Hará que mi furia estalle y sin darle más razones

le puso en cuatro empujones de patitas en la calle.

Estando el guarda observando, ver pudo al siguiente día un hombre que discurría por el jardín paseando, y diciendo mil horrores al ver que era el que había sido dos veces apercibido en los días anteriores, se puso en persecución de tan terco ciudadano con un garrote en la mano y con muy mala intención. —Se burla de mí este tío! dijo—levantando el brazo y soltando un garrotazo de padre y muy señor mío: —¡Yo le daré á V. la guasa y que se burle de mí

queriendo entrar siempre aquí como Pedro por su casa

—¿Sabe V. lo que le digo? —exclamó el pegado.—

—¿Qué?

—Pues hijo, que se está usted portando muy mal conmigo.

Con su mala educación,

está V. dando lugar á que tome, sin tardar, una determinación.

—No me haga V. repetir!....

—Como mi paciencia acabe

y yo me incomode ¿Sabe

lo que va usted á conseguir?

—Puede V. decirlo

—Pues

que al cabo, yo me decida,

y ya no vuelva en mi vida

á poner aquí los pies.

RICARDO MONASTERIO

A LO TONTO A LO TONTO.....

Voy á referir la historia de cierto tonto de aldea, sin que por esto se crea que hablo del tonto de Coria. Mi tonto nació en Peralta, y se puede asegurar que el pobre podría dar al más tonto quince y falta.

Aunque tonto, no era rico, cosa rara á mi entender, pues en España al nacer, debió ser rico Perico

Las chicas se divertían mucho con sus necesidades y aunque ciertas libertades se tomase, ellas reían.

Jamás existía razón para reñir á Perico ¡Si se propasaba el chico no era con mala intención!

Así es que el tonto, escudado en su inmensa tontería, engordaba y se reía del presente y del pasado.

Mas tocante al porvenir eso ya le preocupó y la prueba es que buscó

su manera de vivir.

Cierto primo, á cuyo arrimo el buen Perico vivía á una novia que tenía presentó un día á su primo.

(Pero es preciso advertir que lo hizo con intención de que le diese ocasión para hartarse de reír.)

Y sucedió que, riendo, y así, á lo tonto á lo tonto.... el tonto logró bien pronto irse en la casa metiendo.

Y tanto en ella fué entrando Perico.... que lo que pasa.... el tonto se quedó en casa y el primo se fué pitando;

Y aquel, siempre que ocasión de ver á su primo hallaba.... se reía y le miraba con muchísima intención.

..... Por lo cual, de nuestro cuento puede deducirse pronto, que en el mundo hay mucho tonto con muchísimo talento.

JAVIER SORAVILLA

EPÍGRAMAS.

En cama estaba algo grave mi vecino Juan Olave, todo lleno de aprensiones, con náuseas, retortijones y.... lo demás que se sabe.

Viendo que el tiempo pasaba y que en reacción no entraba, le dió el médico su nota, y al poco rato sudaba por cada pelo una gota.

LUIS LOPEZ.

¿A quién rezas tú, ladino? le dijo el sereno Canto al barrendero Gabino. —¡Hombre! al Espíritu Santo. —Yo, al espíritu de vino.

¿Murió soltera?—Sí tal. —¿Era muy guapa?—¡Divina! —¿Y no deja quien la llore? —Hombre sí, deja dos niñas.

MANUEL GABARRON.



El Gobierno ha prohibido las representaciones de *El puesto de las castañas*.

Naturalmente, le desagrada que le hagan la competencia en asunto tan interesante.

Quiere ser el único que le dé la castaña al país.

* *

Y á propósito: ahí va una frase del sainete prohibido, que produjo un verdadero alboroto en el público:

«*La Curra* se decide á dejar la casa, y la *Señá Antonia*, procurando disuadirla, dice:

—¿Y vas á dejar abandonado el cuarto?

—Nó; ahí queda *mi criada* por si ocurre algo.»

¡Quién es la criada!

(La solución en el número próximo).

* *

Nuestro querido amigo y compañero Luis Taboada, que aún se halla en Pozuelo, acaba de publicar una novela editada por la *Biblioteca Demi-Monde*, con el título de *Errar el golpe*.

¡*Biblioteca Demi-Monde*! ¡Novela! y de Taboada!

¡Lo que se va á vender! Desde luego comprenderán ustedes que aquello tendrá la mar de gracia

¡Ah! Debemos declarar que se debe haber perdido el ejemplar que ha debido enviar.

* *

El sábado, á las dos de la madrugada, iba un señor sacerdote con el manteo terciado y la teja en la mano, corriendo por la carrera de San Jerónimo y perseguido por un camarero. Cuando al fin éste le echó mano, fué aquel conducido al café de Madrid, de donde se había escapado sin pagar, después de haber cenado opíparamente.

Al verse después objeto de la curiosidad de los concurrentes, dijo el pater, con tono desdeñoso:

—¡Parece mentira que estemos en Madrid!

—Tiene V. razón, señor cura, contestó un chusco. Cualquiera diría que estamos en Sierra-Morena.

* *



INTIMIDADES TELEFÓNICAS.

Sr. *Punto*.—¡Gracias! Efectivamente, le creímos ya muerto, y hasta le lloramos. Hablaremos más detenidamente.

Sr. D. J. T.—Madrid.—Eso es muy largo; acórtelo usted.

Sr. D. R. C.—Madrid.—No encaja.

Sr. D. J. G. y P.—Jerez de la Frontera.—Quisiéramos complacer á V. é indicarle las faltas; pero son tantas....

Sr. *Ofelia*.—Madrid.—¡Qué soneto más cursi! Los cantares irán un día de estos.

Sr. D. R. Q. M.—Madrid.—Está bien versificado; pero no es del género del periódico. Haga V. otra cosa.

Sr. D. H. G. G.—Sevilla.—Sea V. más culto y más original.

Sr. D. E. de C. B.—Valencia.—¡Qué incorrectos y qué sosos. ¡No vá más!

* *

La abundancia de original nos obliga á dejar sin contestar varias cartas.

MADRID
IMPRESA DE P. NOZAL.
CALLE DE JESÚS, NÚM. 3.
1885.

LOS MAESTROS.



—Yo pico más que el primero,
y hago de *banderiero*,
y hasta mato, si se ofrece.

—Ser osté mocho torrero!

—¡Me parece!

NUNCIOS.

ILUSTRADO.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

calle de Atocha, núm. 96, piso 4.º derecha.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
	Ptas. Cs.		Ptas. Cs.
Un mes.	0'75	Trimestre.	2'50
Trimestre.	2'00	Semestre.	4'00
Semestre.	3'50	Año.	8'00
Año.	6'00	Extranjero y Ultra-	
		mar: año.	14'00

—(PRECIOS DE VENTA)—

Número suelto: 10 céntimos. — Idem atrasado, 25.

A. corresponsales y vendedores 5 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se

devolverá ninguna si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus

pagos en libranzas del Giro mútuo, letras de fácil cobro ó

billetes de comunicaciones.

Toda la correspondencia se dirigirá al Director Propie-

tario.

Anuncios á 15 céntimos línea.

Despacho: de cinco á siete.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE

FRANCISCO NOZAL

Calle de Jesús, núm. 3.

Se hacen periódicos políticos, científicos, litera-
rios é ilustrados.

Obras de todas clases.

Estados, facturas, membretes, tarjetas, esquelas
de funeral, prospectos, carteles de todos tamaños,
y todo trabajo de imprenta para dentro y fuera de
Madrid; con prontitud, y á precios económicos.

BODEGA

DE

MANUEL MISA.

JEREZ DE LA FRONTERA.

Especialidad en vinos de todas clases.

Unicos representantes en Madrid:

ESTRADA HERMANOS

BARQUILLO, 8, TRIPLICADO, ENTRESUELO DERECHA.